

Pureza y cuidado de los sentidos

Rebeca Reynaud

En su libro, *Olor a yerba seca*, un doctor en filosofía, Alejandro Llano, relata: Me acostumbré a mirar por la ventana mientras daba clase. Yo no era consciente de esta costumbre, pero –cuando me incorporé a la Universidad de Navarra- algunos alumnos me preguntaron por qué lo hacía. Me quedé sorprendido con la pregunta. ¿Por qué miraba por la ventana en lugar de mirar, como era lógico, a los alumnos a los que me dirigía? Enseguida di con la respuesta, que era doble. Por una parte, me resultaba muy desagradable y me perturbaba ver las expresiones de odio o de desprecio hacia mí de algunos estudiantes. Por otra, era obvio que algunas chicas de minifalda se sentaban en las primeras filas con posturas claramente provocativas para escandalizarme, lo cual más que atracción me provocaba tristeza. La crisis intelectual, moral y religiosa afecta a las chicas de manera más profunda que a los varones. Se trataba de una generación de estudiantes que, en su mayoría, se sentían desarraigados de la cultura en que habían vivido sus padres y apartados de la fe cristiana. Estaban destrozados interiormente por la anomia, por la falta de paz interior, de orientación vital y de proyectos. Pero tenían prohibido reconocerlo y reaccionaban airadamente cuando se les intentaba hacer ver.

Un día me avisaron que una alumna estaba en la sala de recibir y quería hablar conmigo. Normalmente me hubiera disculpado, pero aquella tarde por algún motivo bajé a atenderla. Era una de aquellas chicas de las primeras filas, más discreta esta vez, que se encontraba en una situación límite. Llegó un momento en que se dieron las condiciones para que yo la encaminara hacia quien podría orientarla de manera más personal (p. 333).

Hace un tiempo di una conferencia a 120 adolescentes de Atlacomulco. Entendieron todo excepto “la guarda de la vista”: Quien guarda la vista, guarda el corazón. Educar la mirada es una lucha importante, que influye en la calidad de nuestro mundo interior. Se trata de descubrir a Dios en todo, y de huir de lo que pueda apartar de Él. La mirada limpia y pura afirma el valor de cada ser humano.

Un investigador norteamericano, Patrick Fagan, después de varios análisis concluye que la pobreza o riqueza de un país está en la sexualidad de su gente, en que se viva correctamente: los casados, en la fidelidad; los solteros, viviendo la abstinencia sexual.

El Cardenal Ratzinger, tratando el tema de la castidad, escribe: “Cuanta menos fe haya más caídas habrá”. Y es que la castidad es una conquista de Dios en nosotros.

Cuando Bernardo de Claraval era muy joven, en cierta ocasión, cabalgando lejos de su casa con varios amigos, les sorprendió la noche, de forma que tuvieron que buscar hospitalidad en una casa desconocida. La dueña les recibió bien, e insistió que Bernardo, como jefe del grupo, ocupase una habitación separada. Durante la noche la mujer se presentó en la habitación con intenciones de persuadirlo suavemente al mal. Bernardo, en cuanto se dio cuenta, fingió que se trataba de un intento de robo y empezó a gritar: "¡Ladrones, ladrones!". La intrusa se alejó rápidamente.

Al día siguiente, cuando el grupo se marchaba cabalgando, sus amigos empezaron a bromear acerca del imaginario ladrón; pero Bernardo contestó: "No fue ningún sueño; el ladrón entró, pero no para robarme el oro y la plata, sino algo de mucho más valor".

Otra anécdota: Un profesor fue a visitar París, un fin de semana, acompañado por dos alumnos. Vieron a una prostituta parada en una esquina. Vieron que su profesor se dirigió hacia ella y le preguntó:

—¿Cuánto cobra?

—Cincuenta dólares.

—No, es demasiado poco.

—¡Ah!, sí, para los americanos son 150 dólares.

—Es aún muy poco.

—¡Ah, claro!, la tarifa de fin de semana es de 500 dólares.

—Incluso eso es demasiado barato.

Para entonces la mujer ya estaba algo irritada.

—Entonces, ¿Cuánto valgo para usted?

—Señora, nunca podré pagar lo que vale usted, pero déjeme hablarle de alguien que ya lo ha hecho.

"Fuisteis comprados a gran precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor 6,20). El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor (1 Cor. 6,13). ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (1 Cor 6,15)".

La Biblia dice: *No nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad. Por tanto, quien estos preceptos desprecia, no desprecia al hombre, sino a Dios, que os dio su Espíritu Santo (1 Tes 4, 7-8).*

¿Por qué vivir la pureza? Porque los puros verán a Dios, porque quiero ver el rostro de Dios. Y no sólo en la otra vida, sino en ésta.

El gran orientador familiar, Tomás Melendo dice: Facilitamos el amor cuando somos apacibles, cuando no resultamos hoscos, lejanos, por estar tan atentos a nuestro

propio bienestar. Al no permitir que esa persona nos ame, impedimos que crezca como persona.

Podemos mejorar en muchos aspectos, pero como personas **sólo mejoramos cuando acrisolamos la categoría de nuestros amores**. Acertamos cuando decimos: "Voy a tratar de ser mejor única y exclusivamente para amar mejor a quienes tengo que amar". Así, todo está en función del amor: Tengo que descansar para poder sonreír y querer más a quienes tengo que querer. ¿Por qué tengo que querer a los demás? Porque son personas. Ser persona es ser principio y término de amor. Tengo que amar a mi familia, amigas y amigos, y a los que no conozco, incluso al que se ha degradado, al que es drogadicto.

¿Cuál es el bien que he de desear para las personas a las que quiero? Debo procurarles todos los bienes, no sólo los materiales. Debo querer para ellos la honestidad, la rectitud, el optimismo, la existencia... Todos los bienes del ser amado se resumen en dos: *que esa persona exista y que sea buena*. Amar es desear que esa persona se desarrolle, sea mejor y alcance la plenitud a la que está llamada. Amar es aplaudir a Dios, es decirle: "Con ésta sí que te has lucido".

Si una mujer se convierte en esposa, continúa Tomás Melendo, lleva consigo al Esposo porque es una mujer vinculada. Él ha entrado a formar parte de su ser. Cuando trabaja, lo hace en presencia de su esposo. Se trabaja por amor, por lo tanto no hay disyuntivas, no hay oposición entre casa y trabajo. Si se trabaja por amor, se atiende a la familia. La comprobación gozosa de esto se advierte en el enamoramiento. *Cuando se ama todo el universo resplandece*, vemos una belleza que antes era desconocida: todo se transfigura.

La gente suele decir que **el amor es ciego**. Lo ciego no es el amor sino el **odio**.

Juan Pablo II decía: La pureza no es sólo abstenerse de la impureza, o sea, la templanza, sino que al mismo tiempo abre también un camino a un descubrimiento cada vez más perfecto de la dignidad del cuerpo. (*Enchiridion* F, IV, p. 3082).

Para concluir recordamos que la virtud que más brilla en el paraíso es la pureza (San Juan Bosco).